

EL TREN DEL TERROR

Silvia Schujer y Liza Porcelli

ILUSTRACIONES DE Juan Chavetta



EL TREN DEL TERROR

Silvia Schujer y Liza Porcelli

ILUSTRACIONES DE **Juan Chavetta**

“El diablito sabe por diablito,
pero más sabe por niño”

María Elena Walsh, *Zoo loco*

“**E**l Tren del Terror ya no asusta a nadie!”. Ese era el título del reportaje que aquella tarde le estaban haciendo a Bruna Marabunta, la dueña del viejo parque de diversiones.

—Les daré una semana a los personajes del Tren para que junten sus cosas y se vayan —dijo Marabunta al micrófono—. Luego, ahí mismo, fundaré el criadero de gallinas más moderno del planeta.



Julia, Lucas y Magalí merendaban tranquilos mientras la tele sonaba de fondo. Cuando escucharon a la mujer casi se atragantan con las tostadas: Bruna Marabunta planeaba cerrar el Tren del Terror. Pero ¿por qué?

—Ese tren más que espanto, ¡da risa! —siguió explicando Bruna—. Además, en el pueblo ya nos

conocemos todos... ¿Quién no se ha cruzado en la calle con Roberto, la momia, vestido con su uniforme de trabajo? El otro día mi empleada se lo encontró en el almacén y sin querer le pisó una venda que arrastraba por debajo del sobretodo con el que había salido a hacer las compras...

—¿Y qué pasó? —preguntó el periodista.

—Y qué va a pasar... El hombre empezó a desenrollarse como un carretel de gasa. ¡Imagínesel!: una momia cargando salchichas, pan de panchos y girando como un trompo. ¿A usted le parece que un personaje así puede asustar a alguien?



“Pero en el Tren del Terror también está drácula, el esqueleto con lombrices, el enterrador de muertos vivos, la vieja que arrastra cadenas...” , pensó Lucas. “De ellos no puede decir nada”.

Marabunta, sin embargo, algo dijo:

—Ni hablemos de Fermín, el Drácula del Tren: el otro día fue a hacer una denuncia a la policía y se la pasó escupiendo el escritorio del comisario. Le tuvieron que pedir que se sacara los colmillos postizos para hablar porque no se le entendía nada. Dígame: ¿A quién asusta un drácula así?





Bruna Marabunta terminó el reportaje anunciando que en el pueblo Lapachorra, el Tren del Terror tenía fecha de vencimiento y que esa fecha había llegado.

Los chicos se quedaron mudos, perplejos. Era sabido que ya casi nadie iba al viejo parque para dar una vuelta en el Tren. Se decía que el hombre del hacha en la cabeza le tocaba la puerta del ataúd a la mujer sin ojos, para tomar unos mates hasta que cayera algún visitante, y que el enterrador de muertos vivos aprovechaba las horas de trabajo para tocar la guitarra apoyado en una lápida. Pero aunque eso fuera cierto, cuando Julia, Lucas y Magalí eran chiquitos y el parque recién se inauguraba, la gente de Lapachorra y la de los pueblos vecinos hacía colas interminables para subirse al Tren. Y después de los siete minutos que duraba la vuelta, los pasajeros salían sin voz de tanto gritar, y sin uñas de tanto mordérselas.

Con el tiempo la novedad fue pasando: las hamacas del parque se rompieron y el puesto de pochoclos cerró, pero el Tren del Terror mal que mal siguió funcionando.

